

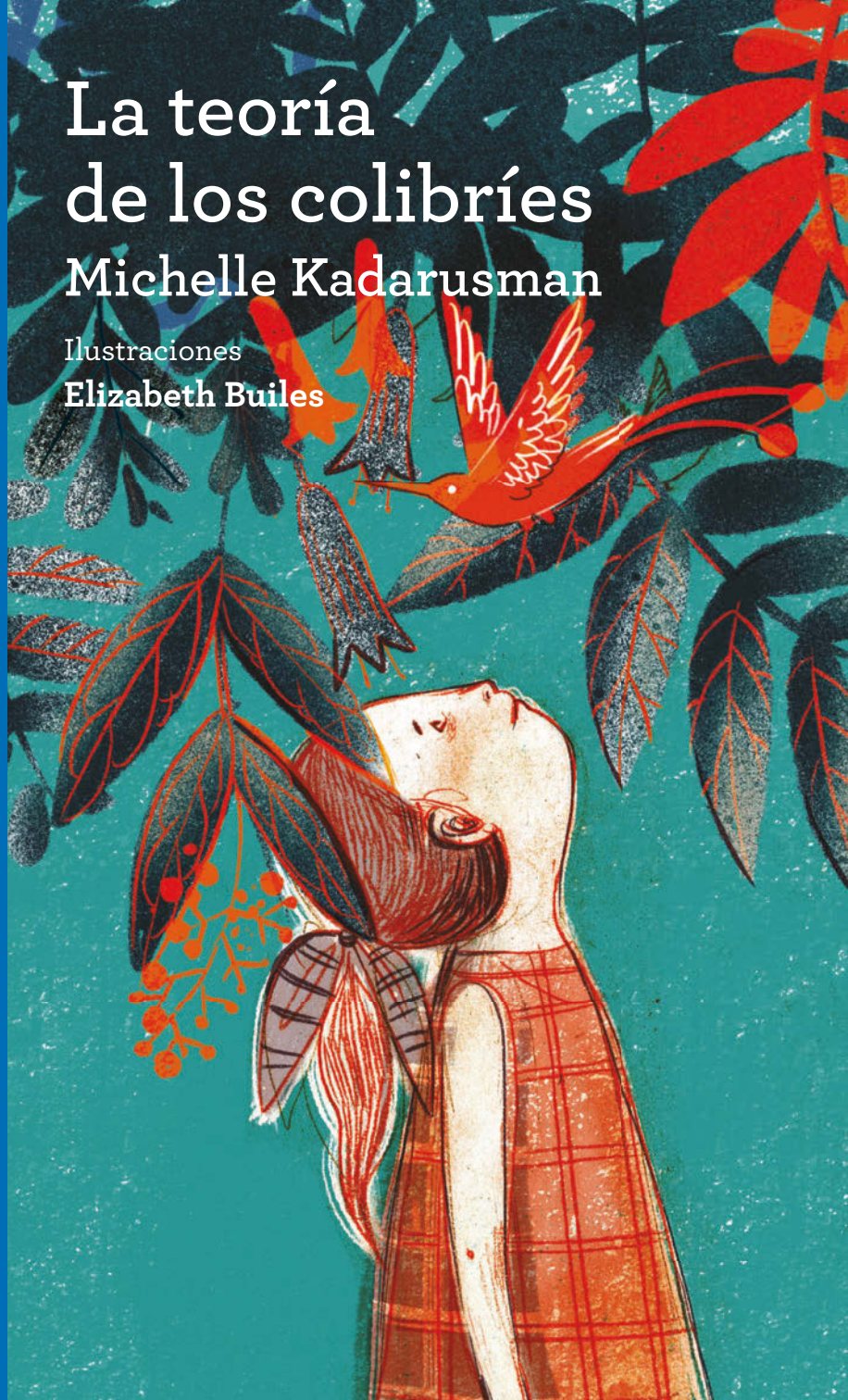
3
Azul

TORRE

La teoría de los colibríes

Michelle Kadarusman

Ilustraciones
Elizabeth Builes





La teoría de los colibríes

La teoría de los colibríes
Título original: *The Theory of Hummingbirds*

D.R. © 2019, Michelle Kadarusman

D.R. © 2019, Educactiva S.A.S.

D.R. ©2017 Michelle Kadarusman originalmente publicado por Pajama Press, Toronto, Canadá.

D.R. © 2021, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 3, ala B, Colonia Acacias, Benito Juárez,
Ciudad de México, C.P. 03240

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado. Marcas y signos distintivos que contienen la denominación. * El sello editorial "Norma" está licenciado por Carvajal S. A. de C. V., a favor de Educa Inventia S. A. de C. V.

Primera edición: marzo 2021

Edición: Jael Stella Gómez Pinilla

Traducción: Carolina Abello Onofre

Corrección: Zully Angie Pardo

Ilustraciones: Elizabeth Builes

Diagramación: Alejandra Sierra

Jefe Centro de diseño: Gloria Esperanza Vásquez

Impreso en México - Printed in Mexico

ISBN: 978-607-13-1095-8



La teoría de los colibríes

Michelle Kadarusman

Ilustraciones

Elizabeth Builes

Traducción

Carolina Abello Onofre

Norma

www.edicionesnorma.com

Para mi madre, Judith Margaret, con amor.

*Fíjate en la naturaleza
y así comprenderás todo mucho mejor.*

Albert Einstein

Índice



| | |
|------------------------------------------------------|-----|
| I. Agujeros de gusano..... | 9 |
| II. Grandes ideas..... | 17 |
| III. Mentir a los extraños | 29 |
| IV. La niña vaquera y el profesor chiflado..... | 35 |
| V. Bibliotecaria descalza..... | 45 |
| VI. El canto de la razón..... | 55 |
| VII. El campamento para ornitólogos novatos | 63 |
| VIII. La escalada del monte Everest..... | 67 |
| IX. ¡Mírala nomás!..... | 77 |
| X. Tenis para correr como una profesional | 85 |
| XI. Salida de campo y un extraño peinado | 93 |
| XII. El depósito..... | 101 |
| XIII. Google y el monstruo Comegalletas | 109 |
| XIV. El gran estreno de Leo..... | 113 |
| XV. Nubes de tormenta..... | 121 |
| XVI. La leyenda del colibrí y el incendio | 131 |
| XVII. Una celebridad en El Olmo Dorado..... | 135 |
| XVIII. El día de los <i>jeans</i> ajustados..... | 143 |

| | |
|----------------------------------------|-----|
| XIX. Amor a primera vista | 151 |
| XX. La intrusión | 155 |
| XXI. La teoría de los colibríes..... | 165 |
| XXII. El mejor lugar del universo..... | 179 |
| La colibripeedia de Alba | 183 |
| Nota de la autora | 191 |
| Agradecimientos..... | 195 |

I. Agujeros de gusano

Los colibríes no pueden caminar. Tienen unas patas diminutas. Los verás posarse, pero jamás caminar.

“Los colibríes y los ángeles no necesitan que sus dos pies funcionen a las mil maravillas. Tienen alas”, dice mi mamá.

Cuando le recuerdo que yo no tengo alas y que uno de mis pies no funciona a las mil maravillas, ella tan solo sonrío con cara de “las cosas buenas les llegan a aquellos que saben esperar”.

Mis dos pies no funcionan a las mil maravillas porque nací con un *defecto* en el pie izquierdo. Ese defecto tiene una gran variedad de nombres. Mi doctor lo llama *talipes equinovarus*,

pero yo prefiero llamarlo Leo. Y no es que yo esté esperando a que de repente me brote un par de alas y pueda VOLAR, pero es que algo cambió en mi mente el día del entrenamiento para la carrera de atletismo.

Hay días en los que parece como si todo se torciera, como si las cosas se movieran y se desplazaran. A lo mejor Levi, mi mejor amigo, tiene un nombre científico para eso, pero lo único que yo sabía entonces era que las cosas se sentían de manera distinta.

Vi a Miranda Gray cruzando la meta. Levantaba su cara hacia el cielo, sonriendo, y su piel morena resplandecía. Quise correr. Quise correr, aunque sabía que —como las diminutas patas de los colibríes— Leo no estaba hecho para correr.

Como soy la cronometradora oficial, estaba en el punto de llegada, cronómetro en mano, viendo la oleada de corredores dirigiéndose hacia mí. No era que estuviera cansada de llevar el tiempo ni de entregar los petos numerados a los corredores, pero en ese momento quise sentir ambos pies saltar y rebotar en el asfalto,

calzados con unos relucientes tenis nuevos. Quería quedarme sin aliento y reír y chocar los hombros con los otros corredores. Quería vivir todo aquello, no solo verlo.

—¿Cuál fue su tiempo? —gritó el entrenador Adams desde lejos, haciendo bocina con las manos. Ahora estaba dándole palmaditas en la espalda a Miranda—. ¡Bien hecho, chiquilla! —le dijo. Miranda estaba agachada, intentando recuperar el aliento.

Yo mantenía presionado el cronómetro con el pulgar. Leí el resultado:

—Nueve minutos, trece segundos —le respondí a todo pulmón y él lo anotó en su portapapeles.

—Buen trabajo, Alba —me dijo.

Como la idea de la carrera estaba bien metida en la cabeza, me urgió contársela a Levi. La verdadera carrera tendría lugar a finales del año escolar, un par de semanas después de que, tal como estaba previsto, le removieran el yeso a Leo.

Levi sabría decirme cómo alcanzar mi meta. Levi es un extraordinario estratega; de hecho,

es un extraordinario pensador en general. Necesitaba sus excelentes habilidades de planificación y, sobre todo, necesitaba que me dijera que yo no estaba loca de atar.

Podríamos decir que Leo es un verdadero *reto de orientación*. Tuve que usar yesos y tobilleras para enderezar mi pie izquierdo incluso antes de aprender a caminar. Me han hecho dos cirugías, la primera cuando estaba en el preescolar y la segunda fue hace cuatro semanas. Usé muletas durante las primeras tres semanas después de la última cirugía, pero ahora lo ideal es que no las use. Se supone que debo fortalecer los músculos de Leo.

En un principio, Levi y yo nos volvimos amigos porque no somos muy deportistas que digamos. Debido a mi Leo y al asma de Levi, hemos pasado juntos mucho tiempo. En segundo de primaria nos empezamos a conocer mejor cuando teníamos que organizar los libros de la biblioteca mientras el resto de los niños asistía a clase de gimnasia. Levi empezó a contarme datos al azar acerca de los colibríes, como, por ejemplo, que pueden ver y oír mejor que los humanos,

pero que carecen del sentido del olfato. Y que, aunque pesan lo mismo que una moneda de un centavo, pueden volar más de 4800 kilómetros cada año durante las migraciones. Todavía nos encantan los colibríes y ahora que estamos en sexto grado ya sabemos prácticamente todo lo que hay que saber sobre ellos.

A la hora del almuerzo, sabía que encontraría a Levi en la biblioteca. Eché un vistazo por la puerta de vidrio hacia los buzones de devolución y préstamos. Es ahí donde suele estar. Como era de esperar, allí estaba, sentado, con su mano apoyada en el buzón. Tenía en el rostro la típica expresión preocupada que lo caracteriza, y estaba mirando fijamente hacia la oficina de nuestra bibliotecaria, la señora Sharma. Entré discretamente. Cuando la puerta se cerró tras de mí, sentí el silencio de la sala.

—Hola, ¿qué hay de nuevo? —le pregunté, agitando mis manos frente a su cara. A él no se le movió ni un solo pelo de su roja cabellera; tan solo me hizo señas para que me callara.

—Pero es que tengo una idea —le dije, pisándole el pie—. Escúchame.

Levi siguió ignorándome. Señaló la puerta de la señora Sharma. Seguí su mirada. La oficina estaba a oscuras y un letrero que decía “No molestar” colgaba del picaporte de la puerta.

—¿Y qué hay de raro en eso? —le pregunté—. Ella siempre pone ese letrero cuando se va a almorzar.

Levi sacudió la cabeza.

—No entiendes —me dijo—. Ella no se fue a almorzar. Ella se fue, *se fue de verdad*.

—¿Qué quieres decir con eso de que *se fue de verdad*? —le pregunté.

—Ella me dijo que se iba a la pausa del almuerzo y que no hacía falta que acabara de vaciar el buzón de devoluciones —siguió Levi—. Después entró a su oficina, puso el letrero en la puerta y apagó la luz.

—¿Y qué con eso? —le dije—. Pues, se fue a almorzar.

—Pero es que después no salió de la oficina. Y ahora está vacía.

—No. Lo que ocurrió fue que tú no la viste salir.

—No. Yo la vi entrar a su oficina y no le quité los ojos de encima. Quería preguntarle si sabía

cuándo iba a llegar mi libro, ya sabes, el que tanto he estado esperando, la nueva versión ilustrada de la *Breve historia del tiempo*. No estaba seguro si debía esperarla, pero luego pensé en ir y preguntarle, porque realmente tengo muchas ganas de comenzar a leérmelo. Así que fui hasta la puerta y toqué. No me respondió. Entonces, entré a su oficina sin que nadie me viera. Estaba vacía.

—Pero tiene que haber una explicación racional —dije yo—. Tú siempre dices eso.

Levi asintió.

—Sí —me respondió—. Y la única explicación racional es... —Finalmente quitó los ojos de la oficina de la señora Sharma y me miró—. La única explicación racional que existe es que... hay un agujero de gusano en la oficina de la señora Sharma.

II. Grandes ideas

—Sí, ¡cómo no! —le dije a Levi—. Un agujero de gusano.

Me di unos golpecitos en la cabeza para ver si así podía pensar mejor. Sabía que los agujeros de gusano tenían algo que ver con el nuevo y apasionado interés de Levi en la *Breve historia del tiempo*, pero no podía acordarme con exactitud de qué se trataba todo aquello. También recordaba que la señora Sharma había mencionado algo sobre los agujeros de gusano, los viajes en el tiempo, y otras cosas relacionadas con ciencia ficción cuando nos habló de ese género literario durante el último taller en la biblioteca.

—A ver, dime otra vez: ¿qué es un agujero de gusano? —le pregunté.

—Un agujero de gusano es un túnel cósmico —respondió Levi—. Al final de cada lado del túnel hay una ubicación *espaciotemporal* diferente.

—Claro, por supuesto —le dije mientras elevaba la mirada y ponía los ojos en blanco—. Entonces, ¿dónde estaría ella exactamente?

Levi asintió y una pícaro sonrisa empezó a expandirse lentamente por su rostro.

—¿Quién sabe? —dijo—. Debe estar viajando a través del tiempo y del espacio como el Doctor Who.

Tomé un libro de tapa dura y lo golpeé en la cabeza.

—¡Cálmate! —le dije—. Quiero decirte algo.

Estuve a punto de contarle mis planes acerca de la carrera, pero me di cuenta de que Levi no iba a abandonar la idea de los agujeros de gusano. Antes de tener siquiera la oportunidad de empezar, él avanzó hacia la oficina de la señora Sharma y miró detenidamente la habitación oscura a través de la puerta de vidrio.

—Si esperamos a que suene la campana —dijo—, la veremos reaparecer.

—Exactamente —le dije—. La veremos llegar de la sala de profesores y regresar a su oficina. Además —añadí—, recuerdo que la señora Sharma dijo que los agujeros de gusano son apenas teorías. Ideas. Ciencia *ficción*. No hechos.

Levi se dio la vuelta y me fulminó con la mirada.

—Incrédula. Cada gran descubrimiento comienza en una idea o una teoría. Albert Einstein propuso una teoría acerca de las ondas gravitatorias hace cien años. ¡Una idea que apenas ahora lograron comprobar los científicos de nuestros días! —Levi suspiró—. ¿Sabes lo que hacen las ondas gravitatorias? Producen ondulaciones en la curvatura del espacio-tiempo. ¿No estabas escuchando cuando expliqué los principios básicos de la teoría de la relatividad de Einstein? —me preguntó.

Yo empecé a arrastrar a Leo detrás de mí, para hacer mi mejor imitación del hombre de Neandertal.

—Yo, simple niña cavernícola —le dije, y mi voz sonó más bien como la del monstruo Comegalletas—. Tú —seguí, bizqueando—, científico loco.

Levi permaneció indiferente.

—¿Por qué nos habló de agujeros de gusano y viajes en el tiempo de un momento a otro? —dijo—. Eso es demasiada coincidencia.

—¡Porque ella estaba hablando de ciencia *ficción*! —le contesté—. Porque tú te la pasas preguntándole. ¿En serio crees que ella nos lo dijo porque de repente descubrió un agujero de gusano en su oficina?

Levi asentía muy despacio, su cabeza se movía para arriba y para abajo. Podría asegurar que eso era exactamente lo que estaba pensando.

—Y luego, ella me sugirió que leyera la *Breve historia del tiempo* —concluyó—. De hecho, ella me estaba dando una pista.

—¡No se trata de ninguna pista! —dije—. Tú no parabas de fastidiarla a punta de preguntas.

Los ojos de Levi se hicieron más pequeños, un claro signo de que ya había tomado una decisión.

—¡Ay querido! —le dije dejándome caer en un puf—. Está bien. Esperemos a ver qué pasa y por ahora dejémoslo así.

Levi levantó una ceja.

—Ya verás —dijo—. Solamente espera y ya lo verás.

Volvió a su puesto al lado de los buzones de préstamo y devoluciones y clavó los ojos en la oscura oficina.

—Mientras esperamos, quiero contarte algo —le dije mientras miraba a Leo estirado delante de mí.

—¿De qué se trata? —preguntó Levi. Por primera vez dejó de prestarle atención exclusiva a la oficina de la señora Sharma.

—Mmm... este... —continué, y lancé una mirada hacia el yeso que rodeaba mi pie izquierdo. De repente, la idea de participar en la carrera me pareció ridícula. Una idea muy pero muy estúpida.

—No, nada —le dije.

—Ajá, ¿y el loco soy yo? —dijo Levi.

—Olvídalo, ¿sí?

Levi se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Miré el reloj. Quedaban quince minutos de recreo y yo no había comido nada.

—Voy a almorzar —anuncié.

—Apúrate —dijo Levi—. Ella puede reaparecer en cualquier momento.

Tomé impulso para levantarme del puf y me dirigí hasta la entrada de la biblioteca justo

